

SERIE NYTEFALL

EL
DESAFÍO
DE LA
NOCHE

CHLOE C. PEÑARANDA

II

CHLOE C. PEÑARANDA

EL
DESAFÍO
DE LA
NOCHE

Traducido del inglés por Victoria Vilaplana Molina

FAERIS

Título original: *The Night Is Defying*

Publicado mediante acuerdo con Tor Publishing Group en asociación
con International Editors & Yáñez Co. Barcelona. Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2025

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*

Text Copyright © 2024 by Chloe C. Peñaranda

Camisa diseñada e ilustrada © 2024 por Lila Raymond

Diseño del mapa y de las páginas del interior © 2023 por Lila Raymond

© De la traducción: Victoria Vilaplana Molina, 2025

© De esta edición: Faeris Ediciones (Grupo Anaya, S. A.), 2025

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-72-0

Depósito legal: M. 11.761-2025

Impreso en España - Printed in Spain

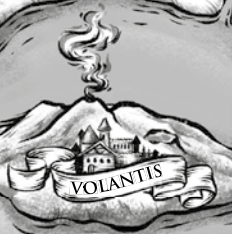
Descubre aquí el reino de Faeris:





*Para mis lectores, siempre.
Creed en vosotros más que en nadie
y a pesar de lo que digan los demás.*

REINO



BAHIA CONSTANTE



DE SOLANIS



PARTE UNO

Nyte — Pasado

Él vio cómo la oscuridad que le cubría los dedos volvía a desvanecerse para dejar paso a un cálido bronceado. Sin embargo, lo que habitaba en su corazón no desaparecería con tanta facilidad. El Caballero de la Noche había vuelto a renacer como un monstruo que había permanecido oculto, orgulloso de la sangre que se extendía a su alrededor.

El olor a sangre vampírica siempre apestaba a podrido. Sobre todo la de los moradores de la noche. Nyte se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se limpió el rostro mientras avanzaba sobre los cuerpos. No sentía nada en su interior y casi no recordaba cómo había logrado desgarrar a la docena de ellos con la que se había cruzado en Alisus.

—A tu padre no le va a hacer gracia —le dijo por detrás un vampiro llamado Ripley.

Era un sin alma, un vampiro que se alimentaba de almas en vez de sangre. Hasta donde sabía Nyte, estos podían captar todo el alma de una persona de un simple vistazo y antaño estuvieron aliados con los celestiales para mantener la paz y librar a la tierra y a las estrellas de quienes habían cometido pecados indignos de la redención.

—A mi padre nunca le hace gracia nada —dijo Nyte. Sabía que tendría que enfrentarse a él, pero tampoco es que le importara mucho.

Se acercó al vagón repleto de faes capturados. Todos se acobardaron al verlo. Seguramente estarían pensando que, aunque

les acabaran de salvar de un destino horrible, ahora les esperaba uno aún peor. Y no estarían muy equivocados si los planes respecto a ellos eran parecidos a la matanza que acababan de presenciar.

Nyte rompió el candado con facilidad y lo lanzó a un lado para poder abrir la puerta de metal.

Los fae no se movieron.

Ahora venía la peor parte, así que tuvo que ahogar todas sus emociones para poder enfrentarse a ella. No todos iban a sobrevivir. Para que la emboscada fuera creíble y la mayoría pudiera escapar, tenía que haber bajas en ambos bandos. Sin embargo, al echar un vistazo a las vidas aterrorizadas que tenía ante sí, comprendió que era una decisión que no podía tomar.

—No puedo salvarlos a todos, así que vais a decidir quién escapa —dijo Nyte.

Con independencia de lo que hiciera o a quién salvara, siempre había una parte malvada en su trabajo. Tenía que sacrificar vidas sí o sí, y los que conseguían escapar no le servían como redención.

La salvación no existía para un servidor de la Muerte.

Los fae se miraron y se arremolinaron para protegerse unos a otros y, sobre todo, a los más jóvenes. Nyte se apartó del carruaje y comprobó cómo iban saliendo uno a uno. Cinco hombres, tres mujeres y cuatro jóvenes.

—Ahora tenéis que decidir quién de vosotros va a morir. Mejor aún, matadle vosotros mismos y podréis marcharos.

Nyte permaneció quieto y calmado. Se introdujo en cada una de sus mentes. Esperando.

Ya habían tomado una decisión antes incluso de actuar.

Nyte reaccionó a sus pensamientos y le rompió el cuello a un hombre que iba a abalanzarse sobre la mujer que tenía al lado para salvarse él. Después se giró y colocó la mano sobre el pecho de otro que estaba a punto de traicionar a su amigo. Por último, otro hombre sucumbió a la mano que tenía Nyte sobre su garganta, ya que había fijado como objetivo a uno de los jóvenes del grupo.

Nyte lo empujó hacia un lado y ni siquiera miró cuando Ripley capturó al fae. Sus gritos silenciosos no duraron mucho mientras le devoraban el alma.

La sangre que tenía Nyte en la mano se convirtió en humo y desapareció mientras se giraba hacia el resto de faes.

—Dirigíos al sur y no miréis atrás —les dijo, sin rastro de emoción.

Les costó un momento decidir si Nyte iba a perseguirles o no mientras escapaban. Hacían bien en mostrarse recelosos, y esperaba que el miedo que les tenían a él y a cualquier otro vampiro que pudiera ir a por ellos los mantuviera a salvo.

Las mujeres comenzaron a movilizar a los más jóvenes, pero un hombre se giró hacia él. Tenía el cabello de color verde oscuro y unos cuernecitos que se curvaban sobre sí mismos.

—¿P... por qué nos ha ayudado? —le preguntó.

Nyte no sabía cómo afrontar la pregunta. No era la primera vez que se la hacían, y este grupo en concreto estaba tardando mucho en alejarse de él mientras podía.

No sabía qué responderle. Así que le dijo:

—Tu cabello podría deberse a materia estelar. Pero tus cuernos y orejas siempre te identificarán como fae. —El hombre se encogió ante la insinuación—. Si quieres tener la oportunidad de llevar una vida normal, o de seguir vivo y contraatacar...

—Entiendo —dijo el hombre—. Gracias.

Nyte no se sentía muy bien recibiendo ningún tipo de agradecimiento.

—Hay una humana que se llama Lucinda Havesten. Id a la posada Delven, en la frontera de Alisus. Ella os ayudará.

El hombre fae asintió.

—Nunca olvidaré que te debemos una.

El fae se marchó junto al grupo antes de que Nyte pudiera decirle que no necesitaba ningún favor por su parte.

—Señor —un nuevo vampiro le interrumpió. Un sin sombra joven que se llamaba Lionel.

—No deberías estar aquí...

—Han capturado a la doncella de las estrellas.

La mirada de Nyte se dirigió de inmediato al guardia, que se puso rígido.

—Si eso es cierto...

—Lo es. La han retenido en la torre de Astrinus.

Una risa cruel y fría se abrió paso en su interior, pero Nyte no la dejó escapar.

—No han capturado a la doncella de las estrellas —dijo Nyte con un tono burlón y calmado, aunque notó una especie de escalofrío en el pecho—. Ella los ha capturado a ellos.



Le estaba dando la espalda. Su largo cabello plateado, único en el mundo, le caía por la espalda y algunos de los mechones resplandecían con un brillo iridiscente gracias a la luz de la luna a la que estaba admirando.

Nyte ordenó a todos los guardias que se marcharan antes de entrar en la celda.

Ese momento era solo suyo. Ya era hora de enfrentarse a ella de una vez por todas. Quería disfrutarlo a conciencia.

Se mantuvo alejado, oculto por las sombras, y su falta de reacción le hizo preguntarse si seguiría disponiendo de sus habilidades e ingenio.

Hasta que comenzó a girarse.

Solo pudo captar un destello de color azul plateado antes de que una energía le golpeará con la fuerza de la muerte y la destrucción del mismo infierno.

Nyte se introdujo en su mente por instinto para eliminar su presencia. Las sombras no eran suficiente para ocultarse.

Esto era imposible.

Era totalmente imposible.

No era más que un engaño perverso, pero, aun así, no podía entender cómo seguía convencido de que eran el uno para el otro. De que ella era suya y lo vinculaba a sí, lo protegía y fortalecía.

No. Ella era suya y lo debilitaba, destruía y erradicaba.

Era astuta y absolutamente impresionante.

Le sobrevino la rabia ante su audaz intento de embrujarlo con un hechizo celestial. Escaneó la celda con sus ojos plateados y Nyte se relajó un poco, ya que sabía que ella no era inmune a su habilidad para doblar mentes.

Astraea.

La hija del Amanecer y del Anochecer. La verdadera soberana de todo Solanis. La doncella de las estrellas.

Una criatura magnífica e indiscutiblemente poderosa.

La atracción que sentía por ella se convirtió en todo un desafío a la gravedad mientras él se mantenía firme.

Tenía que salir de allí, de modo que dio dos pasos antes de que la voz de Astraea consiguiera algo que nadie había logrado antes: silenciar a la bestia que habitaba en su mente.

—¿Por qué te escondes?

«Su voz».

Luchó contra la urgencia que sentía de expulsarla de su mente, a pesar de que sabía que quería volver a oírla.

—¿*Por qué finges que te han capturado?* —No pudo resistirse al impulso de responderle mentalmente.

Cuando ella lo escuchó, soltó un jadeo superficial. Él posó la mirada en aquellos labios rosados, que ahora tenía entreabiertos y... «joder, debería matarla y terminar con esto de una vez por todas».

Nyte no había ido armado, ya que matarla con sus propias manos sería mucho más gratificante. Sin embargo, parecía que el demonio que habitaba en su mente preferiría desgarrarse a sí mismo antes que acercarse a ella con mala intención.

Astraea tenía que morir. Y él se aseguraría de que así fuera.

Las pesadas cadenas tintinearón mientras ella examinaba sus ataduras.

—Parecen muy reales —dijo ella—. Aunque no puedo decir lo mismo de ti.

Quiso fundir el hierro que tenía alrededor de las muñecas y estrangular al guardia responsable de colocárselas.

Por las estrellas, quería...

—Debes de ser ese al que llaman Caballero de la Noche —dijo ella.

Aquel nombre no sonaba correcto. No en sus labios. Sin embargo, el ser malvado que había en él se asomó con regocijo para enfrentarse a su mayor enemiga.

Estrellita.

Tenía una marca. Su aroma a lavanda y miel atrajo a Nyte un poco más cerca para que pudiera inhalarlo por completo. Para intoxicarse. Dio otro paso. Ella era una droga, y él sentía demasiada curiosidad por probarla, ya que sabía que podía eliminar aquella aflicción como si fuera una plaga. «Solo transigiré un poco más».

—¿*Por qué crees eso?* —le respondió él.

Se había enfrentado a innumerables amenazas. Había presenciado derramamientos de sangre de todos los colores. Sin embargo, el peligro más letal siempre era el más hermoso. Y Astraea... era tan increíble, hermosa y tentadora que no era justo compararla con ninguna otra cosa en el mundo. Solo con su propia sombra.

Era la estrella más brillante.

—He oído hablar de tus habilidades mentales —dijo sin rodeos, sin parecer impresionada. No le tenía miedo. Su indiferencia le dolió.

Cuando alzó el rostro por completo, el impacto de su mirada clavándose en la de él hizo que su siguiente paso lo estrellara contra el muro de piedra.

Fue entonces cuando, en contra de su voluntad, le hizo una promesa: nadie le haría daño. Nadie la tocaría. Nadie excepto él.

Así que cuando descubrió que tenía una marca reciente en la mejilla que todavía enrojecía su piel pálida, Nyte casi perdió los papeles.

No iba a preguntárselo. No. Algo en el brillo de sus ojos le dijo que usaría sus propias palabras en su contra. El hecho de que se preocupara de cualquier rasguño que ella pudiera tener lo debilitaba, y eso podría volverse en su contra.

Pero lo que más lo desconcertaba era la facilidad con la que ella lograba encontrar su mirada cuando él estaba seguro de que su imagen seguía bloqueada en su mente.

—Me he enfrentado a muchos monstruos —tanteó ella acercándose más a los barrotes. Él se quedó fascinado—. No vas a asustarme si te muestras.

Por primera vez, no luchó contra la sonrisa que le tensó los labios. Su lado atrevido estaba comenzando a despertar cosas que llevaban mucho tiempo dormidas en su interior, y le entusiasmaba la posibilidad de comprobar cuánto aguantaría esa criatura hasta que lograra someterla por completo.

Nyte resistió el impulso de plantar cara a su osadía y eliminar todo espacio que se interpusiera entre ellos. Todavía podía oler el aroma de la sangre que emanaba de la herida y recobró el sentido cuando sus dientes afilados hicieron acto de presencia.

Decidió salir de su mente y dejarla tranquila.

Astraea parpadeó como si se hubiera percatado de ello. Como si lo hubiera sentido. Lo buscó a pesar de que ya sabía dónde estaba.

Él no se mantenía medio oculto en las sombras por cobardía, sino porque no estaba seguro de lo que era cierto y de lo que no era más que leyenda sobre la doncella de las estrellas. Tenía que ser precavido.

—No puedes estar escondiéndote aquí y allá —dijo ella.

—Estoy justo aquí —respondió él—. Siempre he estado justo aquí.

Nyte no supo descifrar su reacción cuando por fin distinguió su forma entre la oscuridad. Lo miró durante un buen rato y no

soltó ni una sola palabra, y eso lo enervó. Le enfureció tanto que estuvo a punto de romperle el cuello para dejar de ser el centro de atención.

En cuanto tuvo ese pensamiento, se imaginó sosteniendo su cuerpo inerte y frágil, preguntándose si volvería a despertar o si quizá no sería como él. Inmortal. No tendría sentido que la hija de dos dioses no lo fuera.

Notaba un movimiento extraño en el pecho y no sabía muy bien qué pensar. Sentía su corazón acelerado, como la adrenalina que precede a la guerra, y después un sobresalto que se parecía más bien al arrepentimiento.

Nyte había dado un paso fuera de las sombras sin ni siquiera darse cuenta. La barbilla de Astraea se alzó un poco para mantener su mirada gélida clavada en la suya.

Fuego contra hielo. «Qué clase de destrucción podrían llegar a cometer». Aquel sentimiento zumbaba entre ellos como si fuera un desafío, a la espera de que uno de los dos anunciara el primer acto de guerra para que la batalla pudiera comenzar al fin.

—Astraea —dijo él, solo para descubrir cómo sonaba al pronunciarlo, y, joder, desencadenó algo posesivo en su interior que le instaba a reclamar inmediatamente sus derechos.

—Caballero de la Noche.

De nuevo no le gustó cómo sonaba ese nombre en sus labios. Sobre todo por la forma en que lo pronunció, como juguetona. Era un nombre que conseguía poner de rodillas a los seres más malvados, pero ella lo pronunciaba como si le divirtiera provocar a una bestia peligrosa.

—Solo Nyte —la corrigió.

Quiso retractarse en cuanto esa palabra escapó de sus labios. Era mejor que siguiera usando el nombre que llevaba el monstruo que habitaba en su interior y que estaba deseando devorarla. El Caballero de la Noche quería que ella siguiera insistiendo hasta que Nyte no tuviera más opción que rendirse por completo y entonces ya no habría esperanza alguna para ella.

—No eres como me esperaba —observó ella.

El lento recorrido de sus ojos sobre él le dolió como si le clavarán miles de cuchillos. Todos sus gestos eran atentos y... decididos. Nyte tenía que averiguar qué tramaba, y cuando sus ojos volvieron a encontrarse, fue como si hubiera comenzado la carrera.

No la habían capturado. Por supuesto que no. Nyte ya lo había intentado, él mismo y, si alguien hubiera podido conseguir lo que a él se le había resistido, no le habría importado proporcionarle una espada para brindarle el placer, si era su deseo, de decapitarlo. Había algún idiota por ahí, quizá varios, que estaría ahora mismo alardeando de haber logrado capturar a la doncella de las estrellas. Y Nyte no veía el momento de salir de allí a buscarlo.

—¿Te importaría decirme qué era exactamente lo que esperabas de mí? —le preguntó.

Se le curvó la boca como si las historias que había oído le hicieran gracia.

—Que eras más mayor —comenzó ella. Lo volvió a recorrer con aquellos ojos plateados y, por las estrellas, no pudo evitar sentir cierta inquietud—. Mucho más mayor. Con barba y quizá un cetro.

—¿Un cetro?

Ella se encogió de hombros.

—Nadie sabe cómo funciona tu magia. Así que supuse que podrías manipular las mentes por medio de algún artefacto extraño.

Nyte no pudo evitar sonreír por la sorpresa. Un sentimiento muy extraño que no sabía cómo reprimir.

—¿Como tu llave?

Astraea apartó la mirada. Todo el mundo temía el arma legendaria de la doncella de las estrellas y él estaba deseando verla con sus propios ojos.

—Sirve para muchas cosas, pero no puede manipular mentes.

—Si está en el vacío, sabes que puedo encontrarla.

—Por eso mismo no está ahí. ¿Crees que no soy consciente de tus capacidades, Nyte? —Volvió a acercarse a los barrotes, pasó las manos pálidas alrededor de estos y apoyó la frente contra el frío metal—. Sé cuántas veces me has buscado. Y también sé que ese ha sido el mayor objetivo de tu padre.

—¿Me has estado observando?

—Por supuesto.

—Yo también sé muchas cosas sobre ti, Astraea. —A ella le gustaba escuchar cómo pronunciaba su nombre. Nyte lo sabía por la forma en que Astraea abría un poco más sus ojos cada vez que lo hacía—. ¿Sabes tus guardianes que estás aquí?

Su expresión se apagó y esa fue la única respuesta que necesitaba.

La doncella de las estrellas había sido educada por seis guardianes mortales elegidos sabiamente por el Dios del Anochecer y la Diosa del Amanecer para criar a la verdadera líder que daría paso a la Edad Dorada. Se trataba de tres parejas unidas por un vínculo y que constituían una mezcla de todas las especies como muestra de paz y voluntad de infundírsela a ella. Una vez que Astraea alcanzó la madurez, los guardianes abandonaron sus formas mortales milenarias para poder descansar al fin y dejaron que sus espíritus, conocidos como la Serpiente, la Pantera y el Cuervo, siguieran guiándola.

—Siempre me han dicho que la mejor forma de librarme de ti es no dirigirte nunca la palabra.

—Eso me ha dolido.

—Lo dudo.

—Entonces, ¿para qué has venido?

Astraea parecía pensativa. Como si estuviera decidiendo si sus guardianes tenían razón o si quizá debería confiar en su propia intuición.

—¿Qué sabes de los terremotos?

No esperaba que esa fuera la razón por la que había arriesgado su vida al venir allí.

—¿Y por qué debería darte esa información? —Nyte decidió que quería divertirse un poco. Eso era lo más divertido que había hecho en décadas.

—Porque también te afecta a ti.

—Ah, ¿sí?

Ella entrecerró los ojos, como si estuviera tratando de interpretar su expresión. Era adorable ver cómo lo intentaba.

—Las estrellas se están muriendo —dijo ella con cierto atisbo de horror—. Si este mundo se sume en la oscuridad, el desequilibrio sería catastrófico.

—A mí me gusta mucho la oscuridad.

—Eso parece.

—¿Me estás pidiendo ayuda? —Una sonrisa apareció en sus labios.

—Puede que pienses que la alteración de la magia solar solo afecta a los celestiales y a los humanos, pero te equivocas. Los vampiros se volverían incontrolables. Los moradores de la noche camparían a sus anchas y lo arrasarían todo, y este mundo no está preparado para eso. Tu padre no está preparado para hacerse cargo de algo que pronto le superaría como una plaga sanguinaria.

—Si no me equivoco, uno de tus guardianes era un morador de la noche.

Ella apretó los labios y sopesó cuánto estaba dispuesta a compartir con él.

—A él no le habría gustado ser libre durante el día. Es la única forma de conseguir que la mayoría de esa especie mantenga el control. Además, los celestiales comenzarían a perder su poder poco a poco. Y si acaso piensas que esa es razón suficiente para ignorar por completo los terremotos, déjame decirte que no llegas a entender lo que eso significaría realmente. Las almas no ascenderían a las estrellas, de modo que los sin alma se volverían insaciables a la par que codiciosos. La materia estelar ya no sería una sustancia con la que se pudiera comerciar. Sin el sol, nada crecería. Los humanos también morirían. Sin ellos, los fae serían el siguiente objetivo de los vampi-

ros. Así que sí, se instauraría el reinado de los vampiros, pero sería un mundo solo habitado por monstruos. No habría nadie que los gobernara, no habría orden. Solo caos y sangre. Si tu padre quiere derrocar me para gobernar esta nación, primero hay que detener lo que está desestabilizando el equilibrio, sea lo que sea.

Nyte se quedó pensativo un instante. Había venido a proponerle una alianza. Aquella idea era tan fascinante como ridícula. Pero no revelaría sus intenciones con tanta facilidad. No le iba a decir que sabía que tenía razón y que a él también le preocupaba aquel desbarajuste que no paraba de empeorar. Los terremotos llevaban sucediendo desde hacía un siglo. Nyte no recordaba cómo era el mundo antes de que comenzaran a producirse. Pero se habían vuelto más frecuentes en las últimas décadas, y para que la doncella de las estrellas hubiera acudido a él, el efecto sobre los celestiales tendría que ser inminente y nefasto.

—¿Por qué no hablas con mi padre?

—Porque llevo un tiempo observándote —le recordó ella—. Y creo que ambos sabemos quién tiene realmente el poder de cambiar las cosas.

Nyte jamás admitiría el alivio inesperado que le producía saber que ella no le había contado nada de eso a su padre. Él jamás la entendería. Su decisión sería hacer caso omiso de cualquier advertencia y utilizar la información para obtener cierta ventaja sobre ella sin importar las consecuencias. Como enemigo de Astraea, Nyte no podía negar que era la acción más inteligente si se ejecutaba de la forma correcta.

Sin embargo, ¿cómo podía no ver la traición que suponía acudir a él?

Podría descubrir qué era lo que estaba causando los terremotos, matar a la doncella de las estrellas y proclamarse el nuevo rey de los celestiales. Entonces él mismo podría detener lo que estuviera causando aquella disrupción.

—Tienes frío. —Cambió de tema. Decidió que necesitaba tiempo para saber en qué se estaba metiendo exactamente.

La observación de Nyte hizo que se le escapara un escalofrío, como si lo hubiera estado reteniendo todo el tiempo. Para no mostrar debilidad.

—Diles a tus guardias que necesitarán retenerme aquí más de un par de noches gélidas para conseguir matarme —dijo ella cruzando la celda.

Las mangas del vestido morado oscuro que llevaba eran transparentes y mostraban sus increíbles tatuajes plateados y metálicos. La constelación que tenía en el pecho era la de la doncella de las estrellas. Era exquisita. Pero como el invierno todavía no había terminado, su atuendo no resultaba demasiado adecuado.

—Te han confiscado cosas —dijo él, sorprendido por la oscuridad que dejaba entrever en su tono.

No podía evitarlo. Solo imaginar unas manos tocándola despertaba sus ansias de arrancárselas del cuerpo a aquellos que hubieran considerado apropiado hacerlo sin su consentimiento.

—Hubo un hombre en particular con una cicatriz en el labio que me cacheó de modo muy concienzudo —dijo ella. Sin inmutarse por la agresión a la que había sido sometida—. Asegúrate de que no le hacen nada a mi daga, ¿vale? Le tengo mucho cariño.

Nyte se dio cuenta de que no llevaba ninguna vaina a la vista para portar armas, así que terminó con la vista clavada en su muslo, donde vio el destello del cuero negro cuando ella dio un paso y se le abrió el vestido. Una ira fría y asesina se abrió paso dentro de él con tanta rapidez que no le dio tiempo a reprimirla.

—¿Se supone que deberían darme miedo? —La voz de Astraea interrumpió el hilo de sus deplorables pensamientos.

Nyte siguió el curso de su mirada y vio las sombras que se habían adentrado en la celda. Cuando la rodearon, fue consciente de las pesadillas que podían llegar a infligir cuando se fijaban un objetivo. La lealtad que mantenía con ellas era un acuerdo sellado en las profundidades más siniestras del infierno. Los latidos en el pecho de Nyte se aceleraron, preparándole para intervenir en cualquier momento, pero las sombras no estaban interesadas

en atacar. Solo reaccionaban a la curiosidad que sentía por ella. Astraea reunió valor para extender la mano y tocar aquella oscuridad animada y él se preguntó si ese acto no había sido sumamente insensato por su parte.

Nyte apretó el puño y las emociones que irradiaron de él lograron que las sombras se dispersaran y desaparecieran de la nada como si fueran humo.

—Vuelve a buscarme si hablas en serio —le dijo, y se marchó sin pronunciar ninguna palabra más.

Caminó por los pasillos oscuros de la fortaleza que habían tomado hace años en Astrinus sin saber muy bien hacia dónde dirigirse, tan solo luchando contra el impulso de darse la vuelta.

—¿Tenemos a la escurridiza doncella de las estrellas?

Drystan se acercó y no le pilló por sorpresa porque apenas podía contener su impaciencia. El hermanastro menor de Nyte había empezado a unirse a los interminables planes y estrategias de su padre en una guerra que a menudo no era más que una paranoia contra los celestiales. Derrotarlos no iba a ser tarea fácil, y, aunque Nyte se entretenía con sus órdenes, nada que no fuera la muerte de la doncella le otorgaría lo que estaba buscando.

—Se habrá ido antes del amanecer —dijo Nyte con rigidez.

Casi pudo sentir el ceño fruncido de Drystan.

—Está en una celda encadenada con acero y nebulora.

Nyte se había percatado de las quemaduras alrededor de las muñecas de Astraea provocadas por la planta cósmica que dañaba a los de su especie. A pesar de todo, nada de eso iba a ser suficiente para retenerla.

—Sabrá cómo escapar.

—Padre ha triplicado la guardia alrededor de la fortaleza.

Dejó de caminar y se giró hacia Drystan cuando se aseguró de que nadie los iba a oír.

—Nunca subestimes a tus enemigos mientras tengan recursos para derrotarte. A Astraea le sobra con respirar.

Drystan curvó una ceja como si esperara que fuera una broma.

—Nunca antes le has reconocido tanto mérito a un enemigo —dijo Drystan mientras se cruzaba de brazos.

Su desconfianza puso de los nervios a Nyte, pero su hermano menor todavía tenía mucho que aprender sobre cómo catalogar a sus enemigos.

—Nunca antes había conocido a alguien que pudiera vencerme. Pero no te preocupes por mí, hermano. Eso sí, te advierto de que será mejor que no estés cerca de padre cuando descubra que la doncella de las estrellas ha escapado.